

ACERCA DE UN INTELLECTUAL
EXTREMO Y SUS FRACASOS.
EL CASO DE LEOPOLDO LUGONES POLÍTICO
Fernando Devoto
(Instituto Ravignani,
Universidad de Buenos Aires)

La vida y la obra de Leopoldo Lugones, sus complejidades y sus contradicciones, han sido indagadas exhaustivamente por numerosos investigadores. Aunque subsiste un «enigma» Lugones casi ninguna faceta ha sido descuidada en una larga serie de estudios dedicados al poeta, al ensayista, al intelectual y al político. Este trabajo no aspira a presentar nuevas revelaciones ni a brindar una explicación completa de un personaje paradójico sino apenas explorar, por un lado, algunos vínculos posibles entre el lugar que ocupó Lugones en el espacio público argentino y sus intervenciones políticas y, por el otro, las contradictorias relaciones entre sus propuestas y sus prácticas. Aspira, asimismo, a colocar a la figura de Lugones en un contexto comparativo que pueda contribuir a iluminar a aquellos y a éstas.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN ITINERARIO EXITOSO (1896-1915)

Leopoldo Lugones llega a Buenos Aires en 1896, a los 22 años, como tantos provincianos. Trae consigo su vocación de poeta y de lector autodidacta sin formación específica alguna (no había completado siquiera sus estudios secundarios en el colegio Montserrat), sus aspiraciones de revolucionario socialista y anticlerical y una notable falta de recursos, procediendo como procedía de una familia con raíces en Santiago del Estero y en el noreste de Córdoba, empobrecida sobre todo luego de la crisis del 90¹.

Los vínculos iniciales porteños fueron variados. Algunos eran bien pre-
visibles, vistos algunos ámbitos de actividad precedentes en ambientes
socialistas y masónicos. Participa así, desde su arribo a la capital, de la vida
del naciente Partido Socialista en su sector más radicalizado e intransigente,
y en especial, en el Centro Socialista de Barracas al Norte interviene acti-

¹ La más exhaustiva biografía disponible, en el conjunto de una producción muy numerosa, es la de A. Conil Paz, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Huemul, 1985. Asimismo, una detallada y útil enumeración de los numerosos trabajos de Lugones y las sucesivas ediciones de los mismos puede hallarse en M. Lerman, *Contribución a la bibliografía de Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Ediciones Maru, 1969.

vamente en movimientos huelguistas. Asimismo funda, en 1897, con José Ingenieros La Montaña periódico confuso ideológicamente pero extremo políticamente e incendiario discursivamente. La teosofía a la que se había acercado en Córdoba lo tiene también entre sus iniciados.

Se vincula paralelamente con la bohemia literaria reunida en el Ateneo cuya figura es Rubén Darío (quien le da un espaldarazo fundamental para el reconocimiento de su talento literario) y con el periodismo como instrumento inevitable para sobrevivir.

Tras un paso por El Tiempo llega a Tribuna en 1898 y ello lo lleva inevitablemente hacia Roca, a quien conoce en la sala de redacción del mismo. Su acceso a los ambientes del orden conservador por la vía del roquismo no es necesariamente casual: se trataba probablemente del espacio más abierto a hombres nuevos de aquellos múltiples en los que se había fragmentado el llamado orden conservador tras la ruptura Roca-Pellegrini. Un lugar relevante desempeñaba en él la figura de Joaquín V. González, persistente descubridor y promotor de talentos y, entre ellos, de Lugones.

Los vínculos con el mundo del roquismo le permiten a Lugones acceder al empleo público, tan apreciado como imprescindible para asegurar su supervivencia y la de su familia en términos decorosos (tema que fue siempre importante para él). Nada hay de original aquí ni tampoco nada exclusivo de los jóvenes escritores. En una sociedad en vertiginosa expansión, el presupuesto estatal era un refugio seguro para aquellos que cualesquiera fuesen sus talentos, ellos no eran aplicables al campo de las actividades productivas y que disponían de los contactos para acceder a una estructura estatal carente de cualquier criterio impersonal de selección. Comenzó así, en 1898, la larga participación de Lugones en el empleo estatal, desde un modesto cargo inicial en el Correo (interminable proveedor de puestos públicos) al que tras sucesivos y veloces ascensos renunciará definitivamente en 1904. En el ínterin, nuevas y más relevantes funciones le fueron conferidas en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, al que accedió con la gestión de Osvaldo Magnasco (cuyos proyectos de reforma compartía) en 1900 y al que, tras una intempestiva renuncia en 1903, volvería al año siguiente (nuevamente de la mano de Joaquín V. González) ahora como Inspector General de Enseñanza Secundaria.

El acercamiento al orden roquista conllevaba asimismo otros beneficios: por ejemplo obras por encargo muy bien remuneradas como, la investiga-

ción sobre «El imperio jesuítico» llevada a cabo en 1903, o el premio de un viaje a Europa en 1906, enmarcado en el formato de un viaje de estudio de las normas educacionales relativas al trabajo manual y justificado por su posición en el Ministerio, ambos comisionados nuevamente por Joaquín V. González.

Desde luego esa participación en las elites estatales no estaba desprovista de riesgos y lo colocaba en el centro de controversias. Por una parte, existía una dimensión que podía presentarse como «técnica» en la línea del reformismo social sin reformismo político que caracteriza la segunda presidencia de Roca. En ese plano, Lugones se muestra muy activo en los ámbitos de educación y trabajo. Colabora allí con los ministros Osvaldo Magnasco y Joaquín V. González en las iniciativas de reforma educativa y reforma laboral que, como es sabido, en ambos casos fracasan. Empero, la actividad de Lugones no se reducía a aquella dimensión e incursionaba en otras abiertamente ligadas a la política partidaria como en su abierto apoyo a la campaña de Manuel Quintana, el sucesor designado por Roca (años más tarde, volverá a desempeñar la misma tarea con menor convicción y eficacia, al sostener la candidatura de Agustín P. Justo por pedido del general Uriburu). Desde luego esas incursiones debían acelerar la ruptura con el socialismo que comienza a atacarlo ya desde 1904 y que será a partir de allí uno de sus más tenaces contradictores. Empero, esa misma participación en la polémica política conllevaba otros riesgos potenciales en el seno mismo de la galaxia conservadora cuando, como ocurriría en 1906, la suerte del roquismo cambiase con la muerte de Manuel Quintana y su sucesión en la presidencia por parte de un Figueroa Alcorta más aún en tanto Lugones siguió manifestando una estrecha fidelidad a Roca y continuó su prédica política, en este caso atacando insistentemente al nuevo presidente desde la prensa.

En cualquier caso, el enérgico intento de Figueroa Alcorta de desmontar la máquina roquista implicaba, entre otras cosas, una prolija depuración de funcionarios. Ello debía afectar necesariamente la alta posición alcanzada por un opositor tan conspicuo como Lugones en el aparato del estado. Sin embargo, fuese por antiguos contactos con Figueroa o más probablemente porque ya había alcanzado una posición preeminente en el campo cultural argentino, el destino de Lugones fue, en principio, menos desfavorable que lo que hubiera podido suponerse. Su desplazamiento de la Inspectoría General iba compensada por una designación alternativa como Rector y profesor

del Colegio Nacional de La Plata. Empero, no sin un sonoro escándalo se negó a aceptar la nueva designación en tanto implicaba el abandono de la precedente y vulneraba, según él, los acuerdos a los que habría llegado con Figueroa Alcorta².

Si su renuncia lo aleja de una función pública estable por casi una década, no puede de ello deducirse que ni los nuevos ambientes reformistas ni otros sectores del fragmentado mundo conservador fuesen abiertamente hostiles hacia su figura. Por ejemplo, en 1911, el entonces influyente José María Ramos Mejía, lo apoya y le encarga una historia de Sarmiento en 1911; aunque desde luego aquí también pueda señalarse que sus relaciones con Roque Sáenz Peña, el sucesor de Figueroa Alcorta, fueron mucho mejores y que en ello no estuvieron ausentes gestos conciliadores por parte del mismo Lugones. También en ese año de 1911 se incorpora a La Nación, o sea que interacciona de algún modo con otro de los ámbitos del mundo político de entonces: los republicanos mitristas y también al Sarmiento, ámbito periodístico cercano al saenzpeñismo.

Los dineros obtenidos por la historia de Sarmiento y la corresponsalía de La Nación y del Sarmiento le permiten plantearse la posibilidad de volver a París con el propósito ahora de radicarse en Europa. Dos factores pueden haber influido en esa decisión. El primero es el cambio de clima político argentino que aunque no marginaba a Lugones, como acabamos de ver, seguramente le impedía llegar a mayores alturas. Más importante es probablemente el segundo: la búsqueda de una consagración internacional que no podía darle la Argentina. Ya para esos años Lugones había adquirido en el país un reconocimiento pleno a su talento, sea desde sus pares del mundo literario que a su modo lo habían consagrado como algo semejante a una versión argentina del «príncipe de los poetas», desde el mundo de las elites sociales y económicas (finalmente eran capitales privados los que junto con otros públicos iban a financiar su aventura de crear una revista en París, la *Revue Sudamericaine* desde la cual difundir la cultura latinoamericana) y desde las elites estatales. Y los emolumentos que recibiría debían ser lo suficientemente abundantes para que, junto con la vigencia del patrón oro, pudiera mantenerse inicialmente con su familia en el suntuoso hotel Lutetia del Bvd. Raspail antes de mudarse a un departamento en el elegante 16 arrondissement. París signará así el período 1911-1914 de Lugones, con una

² A. Conil Paz, op.cit., p. 111.

escala intermedia en Buenos Aires en 1913.

La opción de Lugones no es tampoco aquí original. La búsqueda de una consagración en París es una opción intentada por muchos. He ahí los nombres, por ejemplo, de su amigo Rubén Darío (que había residido allí con intermitencias entre 1900 y 1914), o del catalán Eugenio D'Ors (establecido allí entre 1906 y 1911) para atestiguarlo.

El fracaso de todos ellos en conseguir un lugar preeminente en la cultura francesa y europea contrasta con el destino de otro poeta que, aunque emigrado por razones judiciales, había llegado con el mismo propósito y había obtenido éxito: Gabrielle D'Annunzio. Efectivamente, en esos años en que Lugones reside en la capital francesa, el estilo desenfadado y aventurero de D'Annunzio conquista al mundo cultural parisino. Un mundo en plena efervescencia ideológica y en la que muchas de las figuras emergentes lo eran también en tanto en su prosa o en sus prácticas aparecían como irreverentes cuestionadores de la moral burguesa y del orden político liberal y democrático. Años de laboratorio político, más allá de que se deba o no hallar en ellos los orígenes ideológicos del fascismo que surgirá luego de la crisis generada por la primera guerra mundial. Son los años en que las figuras de Charles Maurras y L'Action Française, por un lado y de Georges Sorel, por el otro (cuyos itinerarios estaban destinados a entrecruzarse aunque solo fugazmente) aparecen en el centro de las polémicas contra el establishment de la tercera República³.

D'Annunzio, Sorel, Maurras, D'Ors he ahí cuatro nombres con los cuales interrelacionar idealmente a Lugones. El primero fue probablemente siempre un modelo de intervención en la política y en la cultura, el segundo un generador de perspectivas ideológicas de las cuales es sencillo encontrar ecos en Lugones, antes y después de la experiencia parisina, el tercero, por su parte, aparece, además de como el abanderado de concepciones políticas no tan fácilmente identificables con las del poeta cordobés, como el defensor de una concepción estética centrada en la hostilidad al arte contemporáneo y en la defensa del ideal griego y de una civilización «mediterránea» oponible a los «bárbaros» del norte que tiene muchos puntos en

³ Sobre el clima ideológico del París de esos años véanse las diferentes lecturas de E. Weber, *L'Action française*, Paris, Fayard, 1975, cap. 3; y Z. Sternhell, *Ni droite ni gauche. L'idéologie fascista en France*, Paris, Ed. Complexe, 1983, cap. I-II. Asimismo, véase, Z. Sternhell, M. Sznajder y M. Ashéri, *Naissance de l'idéologie fasciste*, Paris, Fayard, 1989.

contacto con el ideario lugoniano. Finalmente D´Ors, del cual hablaremos más adelante, presenta una notable cercanía con Lugones, sea en idearios estéticos y políticos, sea, y sobre todo, en la secuencia de etapas mudables que caracterizaron la intervención pública de ambos.

Si París no brindará a Lugones la consagración definitiva que esperaba, lo hará en cambio la misma Argentina. En un intermedio porteño dicta en 1913 las célebres conferencias en el Teatro Odeón sobre el «Martín Fierro» a las que asistió una significativa parte de las elites porteñas. Lugones era ya desde antes la primera figura de las letras argentinas, ahora, sin embargo, a los 39 años alcanzará un lugar nuevo, en cierto modo marmóreo en la cultura del país sudamericano: el lugar del «poeta nacional». Un lugar que conservaría hasta su muerte. Así fue dicho, por ejemplo, en esa ocasión: «el más grande poeta de nuestra lengua» «uno de los constructores de nuestra nacionalidad» «el poeta de la patria»⁴.

La construcción de un poeta nacional. Un lugar de enunciación y de memoria preciso y una voluntad del país moderno de consagrarlos. Así, por ejemplo, Bartolomé Mitre, el historiador nacional, Florentino Ameghino el científico nacional, Leopoldo Lugones el poeta nacional, el inventor de la tradición (ya que efectivamente era la autoridad del poeta cordobés y no el talento de Hernández la que consagraba el lugar del Martín Fierro como poema épico de los argentinos). Un Lugones todavía joven es él mismo ya algo así como un «monumento».

La construcción del poeta nacional reposa sobre tres dimensiones. La legitimidad literaria provista por Darío, la legitimidad político-cultural provista por el orden conservador y el reconocimiento intelectual brindado por las elites sociales. Y aquí, por mucho que se pueda insistir en cuánto la declinación del roquismo truncó una potencial carrera política de Lugones, no es menos cierto que en relación con las otras partes de ese mundo, el reformismo Sáenzpeñista y también el mitrismo colaborarían también para construir ese consenso en torno a Lugones que permitía colocarlo en aquel lugar central en la cultura argentina. Ciertamente ese lugar no es una excepcionalidad argentina. Recuerda el de Giosué Carducci en la Italia de principios del siglo XX, también él un joven radicalizado de la izquierda republicana que culminaría como poeta oficial del reino de Italia (aunque

⁴ La Nación, 20/02/1938; 20/03/1938 y 03/07/1939.

los símiles concluyan allí ya que los temas poéticos lugonianos de entonces se emparentan más bien con los del discípulo de Carducci, Giovanni Pascoli). Recuerda también el algo más tardío que alcanza Paul Valery en la Francia de entreguerras, en tanto también que «poeta oficial» consagrado por las instituciones más aún que por los pares.

Un primer balance puede hacerse aquí: un Lugones exitoso, con un itinerario de vida bastante coherente. Ciertamente, existían algunos rasgos extraños en el personaje consagrado, no tan funcionales para un poeta oficial: una tendencia a la desmesura, cierta imprevisibilidad, el culto de la violencia (ya tempranamente expresado en *La guerra gaucha*), el autoritarismo que expresó como funcionario y, en especial, el tipo de tradición consagrada por Lugones (sobre todo su énfasis en la primera parte del *Martín Fierro* como poema nacional y no en la segunda), debía ser inevitablemente controversial en un país como la Argentina donde ninguna tradición prestigiosa estaba disponible, quizás lo estaba la sarmientina hacia la que parece inclinarse Lugones en 1911 pero ella existía previamente y la operación lugoniana era en realidad crear él una nueva y aparecer así asociado con ella (otra opción menos disruptiva había sido la insinuada en las *Odas seculares* de 1910). Con todo, esos rasgos que contienen disonancias y excesos pueden ser vistos hasta cierto punto como inevitables en la tensión entre el inconformismo requerible en un poeta y la vocación de reconocimiento institucional y social que le era tan necesaria, entre una dimensión de «established» y otra de «outsider». Finalmente, un Paul Valery también los tenía aunque recubiertos de otras aristas, irónicas y escépticas bien diferentes de las cortantes y autoritarias exteriorizaciones lugonianas. En cualquier caso en ese momento, en torno a 1913, se establecía un matrimonio entre la opinión pública ilustrada argentina y Lugones. Como si las clases dirigentes argentinas hubiesen dado un cheque en blanco del cual luego no sabrían cómo librarse.

LUGONES, PERSONAJE EN TRÁNSITO (1914-1924)

En 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Lugones abandonaría Europa para retornar presuroso a la Argentina. Aunque puede argumentarse que esa decisión tenía que ver con que podía ayudar más a la causa de los aliados que era la suya, desde el país sudamericano que en las trincheras europeas, no deja de ser algo sorprendente que ese entusiasta exaltador de

la violencia y de su papel regenerador (ya desde La guerra gaucha) dejase pasar la única oportunidad en la que hubiera podido pasar de las palabras a los hechos.

Luego de su regreso retorna nuevamente a la función pública en la que permanecerá definitivamente hasta su muerte, como profesor de la Universidad de la Plata, en este caso, por iniciativa nuevamente de Joaquín V. González. Más allá de las sucesivas mudanzas políticas de Lugones y del carácter crecientemente extremo y antisistema de sus propuestas ideológicas, nadie osará nunca poner en duda su posición en la Biblioteca y tampoco dejaron de ofrecérsele nuevos encargos (como la historia de Roca) y posiciones de gran relieve y prestigio internacional, como su designación en representación de la Argentina en la Comisión de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones (presidida por Henri Bergson) en 1924 o, en el mismo año, su misión como enviado del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública a las celebraciones por el centenario de la batalla de Ayacucho en Lima.

Quedaba así consolidada una forma de interacción de Lugones el «poeta nacional» con las estructuras estatales y las elites políticas argentinas, que puede percibirse como un rasgo de largo plazo de su itinerario intelectual. El punto central de ese vínculo no se encontraba desde luego en las mayores o menores competencias técnicas de Lugones, ni, salvo en el momento inicial, en sus fidelidades políticas sino en la transferencia de un prestigio que tempranamente había adquirido en el campo literario y que parecía brindarle una legitimidad y un cierto carácter «intocable» a su figura, aunque él hiciese más que lo posible para colocarse en una posición recientemente controversial en los debates argentinos del mundo de entreguerras. En otros términos, un intento (frustrado) de convertir su «auctoritas» literaria en «potestas» intelectual, en dejar de ser un Carducci para intentar convertirse en un D'Annunzio.

Un más polémico e imprevisible Lugones se hace bien visible en algún momento impreciso en torno a 1914, que lo lleva a reorientar su ideario en un itinerario a partir de allí pleno de sorpresivas e imprevisibles mudanzas de modelos políticos. No es el único en pasar de opción en opción, en esos turbulentos años que preceden o acompañan al desarrollo de la Gran Guerra. Pongamos dos ejemplos de personajes que más allá o no de una coherencia interna aparecían a sus contemporáneos como contradictorios. Georges Sorel, dreyfusard y andreyfusard, extremista de izquierda aliado luego fugazmente con Charles Maurras, sucesivamente admirador de

Mussolini y finalmente de Lenin él, en sus palabras, «profeta apocalíptico»⁵. O el turbulento Giuseppe Prezzolini nacionalista, interventista que llegó a apoyar simultáneamente a Piero Gobetti y a Benito Mussolini para terminar autoexiliándose de la Italia fascista pero sin convertirse en antifascista⁶.

Desde luego el caso de Lugones puede ser relacionado con diferentes climas, algunos internacionales que lo acercan a los ejemplos aludidos, otros plenamente argentinos. Entre los primeros, el tema de la guerra mundial y su carácter de acontecimiento decisivo que parecía significar el fin de un mundo y de una época tanto como su regeneración sucesiva, y que tanto dominará los debates culturales en la entreguerras a ambos lados del atlántico. Guerra, posguerra, revoluciones, ocaso definitivo de la civilización burguesa y de sus soportes, la razón científica y el reformismo.

En la Argentina, en América Latina toda, esos temas carecerían de la virulencia que signaba una distinta experiencia de la crisis en la cual la guerra y la violencia eran un eco lejano, no una realidad cotidiana, y en la cual la juventud que todo lo redimiría era mucho más la de una bohemia literaria que la de los combatientes que habían sobrevivido a desgarradoras experiencias. Por otra parte, no estaban aquí presentes las amenazas concretas de los movimientos de masas movilizadas, fuesen del cuarto o del quinto estado, que en Europa parecían asediar al orden establecido. En cambio, lo que emergía era el radicalismo yrigoyenista, expresión también si se quiere de nuevos grupos sociales que buscaban un lugar bajo el sol de la política pero cuyo contenido amenazador era casi nulo, salvo en lo que concernía a modos y estilos de su plebeyismo. Con todo, para Lugones, el espectáculo del radicalismo debía impulsarlo aún más en su hostilidad hacia la democracia y el sufragio universal, emblemas de una sociedad masificada que anula al individuo excepcional, orientándolo aún más hacia un culto egocéntrico del hombre superior que creía ser y hacia una intervención pública que aspiraba a dejar de ser sólo a través de la palabra escrita para ocupar, como en sus tiempos juveniles, los lugares públicos.

Las etapas de ese tránsito son bien nítidas. La primera, que significa un cambio en la modalidad de intervención, es la provista por la misma participación en los mítines callejeros durante la primera guerra mundial. Exaltado interventista, francófilo y occidentalista, Lugones se convertirá en

⁵ G. Sorel, «Pour Lenine», *Refléxions sur la violence*, Paris, M. Rivière, 1972, pp. 178-80.

⁶ Sobre el itinerario de G. Prezzolini, cfr. E. Gentile, *Il mito dello statuto nuovo dall'antigiolittismo al fascismo*, Bari, Laterza, 1982, cap. II y III.

una figura de primer plano en las movilizaciones que buscaban presionar al gobierno de Yrigoyen para lograr que abandonase su neutralismo⁷. A sus públicos precedentes agregaba ahora el de las juventudes de clase media de Buenos Aires y Montevideo, cautivados por su oratoria. Devenía así uno de los varios «maestros de la juventud» en boga en esos años. Sería, sin embargo, su último acto en sintonía con esos segmentos sociales ya que muy pronto, a partir quizás de su rápido distanciamiento de los sectores ligados a la reforma universitaria, Lugones dejaría de conciliar con los grupos mayoritarios de entre ellos.

Un segundo momento es principios de 1919 en el que reaparece fugazmente el joven revolucionario de La Montaña. Un episodio inesperado en ese momento en el que, tras la «semana trágica», se produce un fuerte alineamiento «nacionalista» de la gran mayoría de las elites argentinas (de las que la creación de la «Liga Patriótica» y las adhesiones que concitó son una de sus caras más visibles), Lugones aparece enfrentado con ellas y asociado nuevamente con su amigo José Ingenieros. A partir de un diagnóstico tan inexacto como el de la mayoría de las elites argentinas que creyeron ver en los episodios de enero de 1919 el advenimiento de una revolución socialista en la Argentina, Lugones cree que sostener una imaginaria alternativa revolucionaria es la vía para ese trastrocamiento del mundo al que aspira. Su panfleto *Democracia Argentina Revolucionaria*, conocido sobre todo a través de la mediación de Arturo Capdevila, proponía la disolución del orden burgués, de las fuerzas armadas, de la Iglesia, el amor libre, la confiscación de las propiedades rurales no explotadas por sus dueños, intervención de bancos, ferrocarriles, teléfonos, la cogestión de los servicios públicos, etc. Un plan extremo que intenta empujar a la Argentina hacia la experiencia de la revolución rusa⁸. Como dijo: que los trabajadores argentinos no demorasen la adhesión al ensayo maximalista en Rusia. Quizás empero no al maximalismo en sí sino a la «revolución» ya que, como escribió en 1919, en *La Nación*, lo que valía en Rusia no era el maximalismo sino la redención por la violencia revolucionaria.

El nuevo giro de Lugones aparece ya esbozado en su correspondencia para *La Nación* desde Francia, en 1921, en ocasión de un nuevo viaje en el que el autor iba a ser celebrado por el mundo político y literario en tanto

⁷ Una recopilación de la mayoría de sus intervenciones en: L. Lugones, *La torre de Casandra*, Buenos Aires, Atlántida, 1919.

⁸ A. Conil Paz, op. cit, pp. 269-274.

uno de los grandes amigos y sostenedores del país galo durante la guerra. Ahora desde la atalaya francesa (en la que por supuesto la revolución rusa y el mundo soviético estaban más presente y adquirirían una visibilidad bien distinta de la existente en el Plata) el fenómeno es percibido de manera muy distinta. No se trata de la aurora de un mundo nuevo sino del producto de la nefasta combinación entre «hordas asiáticas» y socialismo germánico (como escribe en diciembre de 1921 en un artículo titulado «La guardia del Rhin»). La revolución es vista ahora como bárbara y militarista; es «la traición más vil de la historia», como señala en otros dos artículos publicados en La Nación y titulados «El paraíso marxista» y «Desengaño siniestro» de 1922⁹.

El nuevo domicilio político de Lugones se consolida al año siguiente en las conferencias en el Teatro Coliseo patrocinadas por «La Liga Patriótica» y que generaron tal reacción ante las desmesuras allí sostenidas que obligaron al líder de la entidad patrocinante, Manuel Carlés, a disociarse públicamente de la expresiones del poeta cordobés. Aparecía en ellas una alarmante xenofobia combinada con una imagen apocalíptica de amenazas externas e internas cuyo peligro sólo podía conjurarse con una combinación de autoritarismo y armamentismo. El modo de llevar a cabo la solución propuesta era imitar al fascismo italiano. Mussolini y los fasci di combattimento mostraban así el camino¹⁰. Propone asimismo, en el ámbito de las mismas conferencias, el reclutamiento de una organización armada con total prescindencia del hecho tan obvio de que entre el público que asistía a las mismas (como muestran las ilustraciones disponibles), además de la banda del regimiento de Patricios, se encontraban numerosas señoras de buena posición, con sus abrigos de piel que era lo más alejado que pudiera imaginarse de aquellos jóvenes de muy pequeña clase media que constituían el nervio de los «fasci» italianos que eran su modelo.

El estrepitoso y previsible fracaso en armar alguna forma de milicia fascista debía orientar a Lugones hacia otra alternativa. Esta era una salida militar en la cual (aunque nunca lo esbozó con la claridad con que lo hizo un Ramiro de Meztu en España, por ejemplo) el ejército actuara como sustituto de las ausentes masas y milicias movilizadas del modelo italiano. Quizás en esa

⁹ Para este tema son de gran utilidad los esbozos y resúmenes de R. Pultera (h.), Lugones. Elementos cardinales destinados a determinar una biografía, Buenos Aires, s.e., 1956, pp. 124-173.

¹⁰ Las cuatro conferencias fueron publicadas el mismo año: L. Lugones, Acción, Buenos Aires, Tip. De Martino, 1923.

opción influía también el ejemplo provisto por el golpe de Primo de Rivera (aunque no por la figura de éste) en 1923. En cualquier caso, en ese mismo año, entre argumentos acerca de la desaparición del concepto absoluto de la soberanía del pueblo aparecía asociado con la necesidad del retorno de la fuerza armada que podía permitir en sus términos que incluso personajes mediocres, como Lenin o Primo de Rivera, pudiesen encabezar movimientos enormes¹¹. Ya están allí todos los elementos de la nueva concepción lugoniana destinada ahora sí a perdurar hasta el final de sus días.

En ese contexto, el conocido discurso de Ayacucho de fines del año de 1924, que será recordado como «La hora de la espada», no brinda ninguna novedad ideológica¹². Su importancia radica en que la naturaleza del escenario amplificaba el eco de la propuesta lugoniana al darle un alcance continental y arrastrar sobre sí las airadas respuestas desde diversos puntos de América. Desde nuestra perspectiva, el hecho de que le fuese conferido a Lugones tanto un lugar relevante en la representación oficial argentina como un lugar central en la ceremonia sugiere, a la vez, la incuria o despreocupación del gobierno argentino, como ese lugar de incólume prestigio que Lugones había alcanzado como símbolo y emblema de la cultura argentina.

Nuevamente las mudanzas de Lugones son menos excepcionales de lo que parecen. A los ejemplos antes aludidos de Sorel y Prezzolini se podrían agregar dos. Uno, el del mismo Mussolini y los primeros fascistas que pasaron velozmente del maximalismo del congreso de Milán de 1919 a la posición bien diferente del de Bologna de 1921 y de ahí, vía la «marcha sobre Roma», a encabezar una coalición conservadora en Italia en 1922¹³. Bien podría sostenerse que la comparación entre un político y un poeta con confusa vocación política es especiosa y que no es del todo lícito poner en paralelo el oportunismo desembozado del primero y el optimismo (el peligroso optimismo del que hablaba Sorel) y voluntarismo acompañado de la ausencia del sentido de la oportunidad del segundo. Ciertamente, fue el fracaso de la izquierda interventista en las elecciones de 1919 el que llevó al giro a la derecha de Mussolini y aunque tal vez podría decirse lo mismo de Lugones, mientras aquél parece tratar de seguir desprejuiciadamente las mudanzas de clima de las coyunturas políticas, Lugones que las lee invariablemente mal,

¹¹ L. Lugones, «El fracaso ideológico», en: *La Nación*, 08/10/1923, cit. por R. Pultera (h.), op. cit., pp. 222-223.

¹² El texto del discurso fue incluido en: L. Lugones, *La patria fuerte*, Buenos Aires, Biblioteca del Círculo Militar, 1930, pp. 15-27.

¹³ R. De Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Torino, Einaudi, 1993.

aparece incesantemente enfrentado con ellas. Así, en 1919 las elites argentinas en un sentido amplio (con excepción de los socialistas) se congregan uniformemente en una especie de «Union sacrée» contra lo que juzgan la amenaza bolchevique, Lugones simpatiza con ésta. Inversamente, en 1923 cuando Lugones lanza su apelo fascista, no gobierna Yrigoyen sino que se ha producido un rassemblement conservador en torno a la figura de Alvear y de su ministro del Interior, Vicente Gallo, que hace más disonante su prédica. Asimismo las amenazas que Lugones denuncia casi han desaparecido, las huelgas han disminuido y el movimiento obrero aparece desarticulado. La prosperidad sucesiva a los años de la guerra ayuda a esos además pacíficos años de Alvear y ello sugiere que el grito de peligro lugoniano debía sonar como un absurdo.

Comprobar que Lugones carecía de cualquier capacidad para la acción política no es una observación original; él mismo dejó dicho, en una de esas afirmaciones a primera vista paradójales, que ni entendía ni le interesaba la política. Argumentos que junto con la ineficacia de su acción dieron lugar a una larga polémica acerca de Lugones y la política, entre los que consideraban su actividad en ese plano una mera frivolidad o una actividad claramente subalterna a la del esteta, y quienes se han empeñado en recuperar esa dimensión negada por el liberalismo argentino, supuestamente deseoso de escindir el prestigio de Lugones de las opciones concretas en ese terreno¹⁴.

La cuestión puede quizás zanjarse observando que más que la política en sí, a Lugones le interesaba el proceso de agitación ideológica que tanto reforzaba su autorreferencialidad y le permitía obviar la necesidad de estudiar con seriedad el problema, de considerar la existencia de un público o de un determinado actor social o de un clima de ideas no sólo capaces de apoyarse en su propuesta, sino siquiera compatibles con ella. Todo se reducía al puro voluntarismo de un intelectual individualista e independiente que se consideraba libre de toda necesidad de coherencia y que, al hacer desaparecer cualquier consideración hacia el contexto específico al que se orientaba su propuesta (en este caso la sociedad argentina), podía libremente trasladar aquellas formuladas en otros horizontes políticos e

¹⁴ Acerca del tema véanse las opiniones contrastantes, por un lado de R. Doll, *Lugones el apolítico y otros ensayos*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1966; y J.L. Borges, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Pleamar, 1965, pp. 65-67; y por el otro de: E. Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, p. 105; y de: O. Amadeo, «Prólogo» a L. Lugones, *Roca*, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Tte. Gral. Roca, 1948, pp. 14-15.

intelectuales sin preocuparse mínimamente por su viabilidad. Estrategia en la que desde luego no estará solo ni entonces ni luego.

Quizás sea interesante, en este punto, la comparación entre los itinerarios de dos intelectuales puros como fueron Leopoldo Lugones y el catalán Eugenio D´Ors que presentan analogías sorprendentes en su despliegue de etapas y en su relativo fracaso¹⁵. También D´Ors, el adalid de una nueva generación, a la que bautizó con un vocablo destinado a perdurar, novecentista, reveló a lo largo de su larga vida intelectual una ausencia completa de realismo y una vocación a orientar su acción pública desde un puro voluntarismo autorreferencial y, al igual que Lugones, pasó por sucesivas mudanzas de posición ideológica hasta estabilizarse desde comienzos de los años veinte (quizás a partir de su exitoso viaje a Buenos Aires en 1921, donde por otra parte conoció a Lugones) hasta su muerte en un lugar en la derecha reaccionaria antidemocrática, que culminaría con su incorporación plena a la España «Nacional» en 1937. Antes de eso había sido un abanderado del catalanismo, un entusiasta admirador del nacionalismo integral y del clasicismo mediterráneo y paganizante maurrasiano, desde su estancia parisina, cuyas soluciones antidemocráticas antes aun que antiliberales, proponía como instrumentos regeneracionistas modernizadores para España y para Cataluña (con escaso eco y bastante tolerancia por parte de las elites barcelonesas) para finalmente proponer, en 1919 y 1920, un estado entre socialista nacional y sindicalista (con influencia soreliana y admiración hacia la revolución rusa). Tránsito fugaz hacia su conversión al anticatalanismo pleno a comienzos de las veinte en paralelo con un reafianzarse, bastante solitario y orientado hacia algunas minorías intelectuales de seguidores de su incansable prédica periodística, de un fascismo ahora propiamente dicho que encontrará limitados ecos en la España de los años veinte. Un fascismo que era una confluencia, en su caso perdurable, de maurrasianismo y sindicalismo revolucionario soreliano como base de un proyecto de modernidad laica, estatalista y urbana para España (las semejanzas en este punto con Lugones son de nuevo manifiestas). Una España y en especial un Madrid, va de suyo, que seguirá dominado no por el nuevo autoritarismo de D´Ors sino por el liberalismo de Ortega, cuyo imperio intelectual el ensayista catalán padeció siempre malamente y que daba lugar al malicioso apodo de

¹⁵ Agradezco a Ismael Saz Campos la sugerencia de explorar los paralelismos entre D´Ors y Lugones.

Eugenio «Dos»¹⁶. Una diferencia no menor puede, con todo, subrayarse en el periplo de Lugones y de D´Ors. Mientras el primero logró llegar a la cima para luego descender de ella, el segundo nunca logró ir más allá de un lugar prestigioso pero secundario en el conjunto de la cultura española.

LA IRREMEDIABLE DECLINACIÓN DEL «POETA NACIONAL» (1925-1938)

Hasta cierto punto, el momento del discurso de Ayacucho constituye el punto final del ascendiente de Lugones en la opinión pública y entre la mayoría de las elites argentinas. A partir de allí todo será una lenta declinación y sucesivos fracasos. El punto inicial de la misma es que esas elites optaron por la única vía posible ante una estatua viviente que ellas mismas habían consagrado: no tomarlo en serio.

El periplo del Lugones posterior a 1925 es suficientemente conocido como para reiterarlo aquí. Baste señalar que esa orientación hacia el militarismo lo llevaba a cultivar a un nuevo público: los oficiales del Ejército (en cuyos ámbitos, en especial el «Círculo Militar» pronunciaba conferencias y en cuyos tipos editoriales publicaba sus obras) en la búsqueda de un «jefe» que encabezara la necesaria revolución «fascista». Tras fracasar en su intento de involucrar a Justo en ese papel, logró influenciar a Uriburu quién lo asumió como consejero para su aventura golpista de 1930. Sin embargo, como consignan distintas versiones, sea el «manifiesto» revolucionario que escribió para el jefe de la asonada, sea la voluntad de éste de incorporarlo en un lugar relevante en el nuevo gobierno, encontraron resistencias en el ámbito militar que reflejaban la desconfianza que suscitaba el voluble, imprevisible y exaltado poeta. Su participación activa en la criatura fascizante uriburista, la «Legión Cívica», a cuyo frente desfiló por las calles de Buenos Aires en 1930, deben haberle quitado lo que le quedaba de credibilidad. Marginado por los mismos militares, sólo le quedaba el universo de grupos y grupúsculos nacionalistas en uno de cuyos intentos de confederación (Guardia Argentina) aparecerá fugazmente como líder en 1932. También aquí suscitaba desconfianzas y prevenciones¹⁷. Aunque distintas vertientes del nacionalismo se expandían en la década de 1930, la influencia de Lugones decrecía también en ellas.

¹⁶ V. Cacho Viu, Revisión de Eugenio D´Ors, Barcelona, Quaderns Crema, 1997.

¹⁷ F. Devoto, Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Ciertamente, el fracaso del Lugones político puede atribuirse a muchas causas. Ya hemos aludido a algunas, como su ausencia de todo sentido práctico, su incapacidad para analizar a la realidad como algo externo a su voluntad o su exacerbado individualismo. Una comparación con aquella figura que fue probablemente un espejo y un modelo, Gabrielle D'Annunzio, puede ayudar a iluminar otros problemas más aún porque ambos compartían otros rasgos desde matrices intelectuales (a comenzar por el nietzschismo de segunda mano) o la admiración hacia la cultura antigua, cuna de la civilización, el «espíritu del mediterráneo y la latinidad y, en especial y sobre todo, el lugar de poeta o si se prefiere del artista como el único legítimo para el demiurgo de las nuevas realidades a construir»¹⁸.

Desde luego, para comenzar, debería recordarse que la ausencia de todo sentido práctico era una característica distintiva también de D'Annunzio. La reconstrucción hecha por Renzo de Felice, de las relaciones entre Mussolini y D'annunzio durante el episodio de Fiume muestran todas las diferencias entre un político y un poeta con vocación de agitador de masas¹⁹. Sin embargo, entre los dos poetas, emerge otra profunda diferencia. D'Annunzio fue un hombre de acción en todos los planos, desde su desorden intelectual a su vida amorosa o financiera, a sus aventuras políticas y militares de la beffa de Buccari al vuelo sobre Viena. Un aventurero y un héroe de guerra. Lugones no era un aventurero sino un metódico trabajador hogareño y no sólo no tuvo su guerra, ni su Fiume, sino que más allá de ello tuvo una existencia bastante pacífica y desde luego socialmente muy burguesa, como lo prueba, entre otras cosas, su búsqueda algo infructuosa de seguridad económica, su tipo de matrimonio e incluso su convencional romance otoñal extramatrimonial frustrado por su propio hijo. Por lo demás, esa ausencia de todo espíritu de aventura y aun de acción era más sorprendente visto el personaje que públicamente le gustaba presentar. Hombre recio que hacía esgrima diariamente y que, según testimonios, tenía un revólver (que a veces llevaba consigo) en una caja encima de su escritorio de la Biblioteca del maestro, no me consta que se haya batido nunca a duelo y como es conocido, a la hora del suicidio prefirió el cianuro a la bala. Por otra parte, por poner un ejemplo, cuando en 1919 era vigilado por la Policía por las sospechas acerca de sus actividades

¹⁸ Acerca de la influencia de Nietzsche en Lugones: cfr. J. Irazusta, *Genio y figura de Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 111; y en D'Annunzio, A., Asor Rosa, *La cultura en Storia d'Italia. Dall'Unità ad oggi*, Torino, Einaudi, 1975, IV, 2, pp. 1090-1091.

¹⁹ R. De Felice, *Sindicalismo revolucionario e fiumanesimo nel carteggio De Ambris-D'Annunzio*, Brescia, Morcelliana, 1966.

maximalistas, rápidamente publicó una desmentida en La Nación.

Así, su culto de la violencia era a una violencia de pluma, tremebunda para los estándares argentinos de entonces, aunque comparativamente menos terminal que la de algunos de sus congéneres europeos. Finalmente, los enemigos que Lugones denunciaba eran casi siempre genéricos, el comunismo, los bárbaros, los extranjeros (pero no los judíos), la canalla; no eran ataques ad hominem. Nunca llegó a escribir como Charles Maurras en 1925 en una carta al Ministro del interior de origen judío, Schrameck, del gobierno Herriot, que ordenaría «esparcir vuestra sangre de cerdo»²⁰. Cuando el diario *Crítica* desarrolló una fuerte ofensiva en su contra y en contra de su familia, se defendió tímidamente indicando que él nunca había realizado ataques personales sino que sus polémicas concernían a las ideas, no a las personas.

Esa violencia de pluma combinada con una apelación a la acción pero contrastada con la timidez y aun impotencia para llevarla a cabo, no sólo no es privativa de Lugones sino que hasta cierto punto connota la colocación de tantos intelectuales en el siglo XX. Desde luego, el mismo Maurras entra dentro de esa tipología y ello le fue reprochado por algunos de sus conmlitones, y también ese pacífico ciudadano que fue George Sorel. Sin embargo, ninguno de ellos aspiró como D'Annunzio y Lugones a convertir su propia vida en una obra de arte del hombre superior. La que era además la única vía a recorrer por el lugar que ocupaba Lugones y para su acendrado individualismo, que le impedían actuar como líder de un grupo o una secta que operase por medio de un periódico o de un grupo de acólitos. Nunca tuvo ni lo uno ni lo otro. Sus mejores amigos y discípulos (de Arturo Capdevila a Horacio Quiroga o a Ezequiel Martínez Estrada) ni siquiera compartían su credo político. Por otra parte, la contradicción entre discurso y acción práctica es en principio más flagrante entre los fascistas o filofascistas cuyo culto de esta última y de la violencia en acto era central en su concepción ideológica. Carecía de audacia para ser plenamente un fascista, aun un fascista intelectual (piénsese en casos emblemáticos como Giuseppe Bottai o Georges Valois aunque ciertamente podría aludirse el contraejemplo de Giovanni Gentile).

Así, su fracaso podría remitir a otras cuestiones, incluidas aquellas idiosincráticas que fueron sugeridas. No dejó de ser en última instancia un espectador iracundo y vociferante, sí, pero siempre más un espectador que

²⁰ Cit. por E. Weber, op. cit., p. 186.

un actor. Sin embargo, si volvemos al paralelismo con D'Annunzio, éste tras su fulgurante momento 1918-1920, con el advenimiento del régimen fascista, sólo fue un mero sobreviviente generosamente subvencionado y contenido en *Il Vittoriale*²¹. Ello indica algo acerca del fracaso de ambos. Quizás no estaba ligado al ejercicio o no de la acción ni tampoco a la razonabilidad de sus propuestas políticas, sino a la misma posición desde la que estas eran enunciadas. En el caso de Lugones, además, ese mismo lugar de enunciación, el poeta héroe revolucionario, el político extremo, convivía mal con el «monumento» Lugones, el vate nacional, más aún en un contexto político y un horizonte ideológico dominado por distintas versiones de nuestro liberalismo. Aquél le brindaba desde luego un escudo protector y una cierta áurea intocable por parte del establishment argentino a los que hemos aludido, pero a su vez imponía límites a su acción y permitía de modo relativamente sencillo separar su «auctoritas» literaria de su propia voluntad de transformarla en alguna forma de «potestas» política. El héroe era sólo virtuoso en tanto que poeta, no en tanto que profeta y esa distinción siempre aparece a la larga o a la corta cuando el poeta entra en colisión con el clima de creencias dominante y los numerosos ejemplos del siglo XX latinoamericano (un espacio en el que la autorización a cierto profetismo oracular por parte del vate ha sido bastante habitual, pero los resultados concretos de ello muy limitados) están ahí para mostrarlo.

Es difícil no concluir que la soledad creciente fue el destino de Lugones y que ello debía orientarlo a ver el conjunto de su trayectoria como un fracaso. Finalmente, en un ejemplo supremo de desesperanza se suicidó en el Tigre en febrero de 1938. En ese acto quiso tal vez mostrar un rasgo último de autodestrucción y de contradicción más allá del mismo sacrificio de su vida. En febrero de 1937, mientras asistía al velatorio de su amigo Horacio Quiroga, le dijo a César Tiempo: «todavía me cuesta creerlo. Un hombre tan entero, venir a eliminarse con cianuro. Como una sirvienta»²². Un año después él utilizaba el cianuro como modo concluyente para indicar que no podía leerse su muerte como una forma de «un bel morire» que «tutta la vita onora».

Así la figura del segundo Lugones, el político extremo, aparece en sus rasgos generales como un itinerario completamente fallido. Un fracaso que es difícil atribuir a una Argentina que destruyó a tantos intelectuales pero no

²¹ E. Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*, Bologna, Il Mulino, 1996, pp. 225-246.

²² Horacio Quiroga *Cartas inéditas y evocación de Quiroga por Cesar Tiempo*, Montevideo, Biblioteca Nacional, Departamento de investigaciones, 1970, pp. 25-26 (agradezco a José Pedro Barrán la referencia).

necesariamente a Lugones. Sin embargo, lo que ciertamente fue percibido por él como un completo fracaso puede verse también de otro modo más matizado. La escenografía y la controversia de sus actitudes mantuvieron abierto un «caso Lugones», una presencia del mismo en los medios de opinión y en los debates públicos mucho más allá de lo que, probablemente, su sola fortuna literaria hubiera permitido (piénsese en Groussac). En un cierto modo, sinuoso y ciertamente atormentado, pero moderno, él logró convertir la segunda mitad de su vida en un espectáculo que era a la vez una controversial obra de arte.

Registro bibliográfico

DEVOTO, FERNANDO

«Acerca de un intelectual extremo y sus fracasos. El caso de Leopoldo Lugones político», en: ESTUDIOS SOCIALES. Revista Universitaria Semestral, año XVIII, Nº 34, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2008, pp. 9-28.